

ragona y en 1148 y 49 habíase apoderado de Tortosa, Fraga y Lérida, arrancando además á los moros una no pequeña parte de sus dominios en Aragon.

!Cuánta sangre habian costado estas conquistas! ¡Qué de proezas se realizaron en ellas!

XVI

Reinos de Castilla y de Leon.—Horrible decadencia de la monarquía cristiana.—Nuevas luchas.—Nuevos triunfos.—Victoria de Calatañazor.—Almanzor.—El Gid.—Sangrientas victorias hasta la famosa batalla de Alarcos.

Ordoño III ocupó en 950 el trono de su heroico padre, viéndose obligado á reprimir enérgicamente una fuerte conspiracion de su hermano Sancho, rey de Navarra y de su suegro el conde de Castilla Fernan Gonzalez, confabulados para arrancarle la corona. Despues de deshacer esta maquiavélica conjuracion se internó en Portugal, y en 954 llegó hasta apoderarse de Lisboa.

Reconciliado despues con su citado suegro, batieron juntos al poderoso Abderrahman III que habia invadido la Castilla y que despues de vencido por los aliados cristianos, vióse obligado á ajustar paces con el monarca leonés.

Muerto éste el año 955, sangrientas guerras civiles, promovidas por la miserable y criminal ambición de los diversos miembros de la familia real, enrojecieron el suelo cristiano dando lugar á que el indómito guerrero Almanzor, primer ministro del afeminado Hixem II, y en realidad el verdadero Emir del entónces poderoso imperio cordobés, llevase á cabo devastadoras incursiones que redujeron al último extremo de su fatal y horrible decadencia al en otro tiempo floreciente reino de Leon.

Corría el año 994 cuando el atribulado monarca leonés Bermudo II, apellidado el *Gotoso* á causa de la enfermedad que padecía, habiase visto obligado á refugiarse en Oviedo, huyendo del atrevido caudillo musulman, quien deseando asestar el último golpe á la moribunda monarquía cristiana, plantó sus reales sobre Leon. Esta fuerte plaza, mandada por el valiente conde Guillermo Gonzalez, resistió el sitio hasta el último extremo, realizando sus heróicos defensores las más increíbles proezas. El esforzado conde, despues de hallarse gravemente herido y casi

moribundo ya, se hizo conducir á la brecha, donde despues de un desesperado combate murió como bueno. Niños, mugeres, ancianos, cuantos sobrevivieron á los horrores del asedio, fueron allí mismo pasados á cuchillo por órden del inclemente Almanzor, dueño ya de toda aquella importante parte del territorio cristiano, el cual quedó sin un solo defensor; pues los pocos leoneses que pudieron escapar de tan desastrosa catástrofe buscaron su refugio en las inaccesibles rocas asturianas, como si los siglos hubieran pasado en vano y como si toda la sangre desde Pelayo hasta entónces derramada en el sacrosanto altar de la patria, hubiera sido infructuosamente vertida.

Desdè aquella azarosa época hasta el año 999, en que murió Bermudo, todos los años al entrar la primavera; el ejército musulman pasaba las fronteras como un terremoto y destruía cuanto á su paso hallaba.

A la muerte de Bermudo heredó la corona su hijo Alfonso V, quien encontró su reino en el más lamentable estado y próximo á desaparecer ante los dobles estragos causa-

dos en él por las civiles contiendas y por los repetidos y notables triunfos de Almanzor.

No era por cierto más lisonjera la situación que en tan críticos momentos atravesaran los Estados cristianos de Navarra y Castilla, lo que obligó á los tres amenazados soberanos á deponer antiguas y lamentables rencillas en pró del interés comun que los ligaba. Conocieron al fin, aunque algo tarde por desgracia para los abatidos pueblos, que solo la más estrecha y cordial union podia salvarlos del general naufragio que les amenazaba; y Alfonso V al frente de los denodados asturianos, Sancho el *Mayor* á la cabeza de los heroicos Navarros, y Sancho García con los valientes castellanos, determinaron salir al encuentro del audaz Almanzor y batirlo, salvando asi los amenazados intereses de la cristiandad ó pereciendo en la demanda.

Reunidas todas las fuerzas se dirigieron hacia las fuentes del Duero, entre Soria y Coaña del Conde, no léjos de los ruinas de la inmortal Numancia, y en 6 de Agosto del año 1002, acamparon en *Kalat-al-Nossor* (Calatañazor). Al poco tiempo llegaron allí

los musulmanes; y avistados ambos ejércitos, empeñóse la lucha con sin igual furia por ambas partes. El historiador árabe dice que «los cristianos, con sus caballos cubiertos de hierro, peleaban como hambrientos lobos, y sus caudillos estaban siempre allí donde más arreciaba la pelea; que Almanzor revolvía acá y allá su fogoso corcel, que semejaba un hambriento leopardo, y que con su caballería andaluza se metía por entre los bizarros escuadrones de Castilla, fuertemente irritado al admirar la resistencia y *el bárbaro valor de los cristianos.*» Terrible fué el combate, mejor dicho, la carnicería, que solo cesó ya bien entrada la noche, cuando Almanzor, cubierto de heridas, vió que la mayor parte de su ejército y la flor de sus caudillos yacían por tierra. Entonces, protegido por las nocturnas sombras, abandonó el campo que fuera sepultura de sus glorias y tesoros, y repasó el Duero.

El dolor que le causara su inesperada y desastrosa derrota le llevó al sepulcro á los tres dias despuss de esta famosa batalla, ó sea el 9 de Agosto de 1002. Con él sucum-

bió la gloria del imperio musulmico; inaugurándose entónces una nueva y feliz era para la España cristiana.

Alfonso V recuperó inmediatamente la mayor parte de sus Estados; reedificó la antigua capital de su reino, destrozada por Almanzor; reunió en ella un Concilio en el que se establecieron *los buenos fueros de Leon*, y por último despues de muchas victorias pasó el Duero y asedió la plaza de Vico, en cuyo sitio murió de un flechazo el año 1027.

Su hijo Bermudo III heredó su valor, su constancia y sus virtudes; pero otra vez la ruin ambicion dió lugar á que Fernando de Castilla, y el rey de Navarra le declarasen la guerra que ocasionó su muerte, acaecida en el sangriento combate de Tamara, cerca de Carrion de los Condes, en el mes de Junio de 1037, donde sucumbió á los golpes de lanza que personalmente le asestaron aquellos dos soberanos.

El trágico fin de Bermudo no dejó de traer beneficiosas consecuencias; pues que inmediatamente el conde de Castilla, Fernando, se hizo proclamar rey de Leon; verificando

asi la union de las dos coronas y estendiendo de esta manera el principio de unidad nacional tan necesario al desenvolvimiento de la noble causa de la patria y de la religion.

Grandes mejoras introdujo en los reinos este soberano que principió por captarse el amor de sus pueblos y terminó por arrojar á los moros de todas las ciudades y castillos de la Lusitania y de Castilla la Nueva. El año 1060 hizo su tributario al rey moro de Toledo, y en 1062, en guerra contra el Emir, arrolló cuanto se le puso delante desde Estremadura hasta Sevilla. Dos años mas tarde penetró en la antigua *Celtiberia*, y en su atrevida escursion llegó hasta los mismos muros de Valencia, cuya importante plaza no cayó en su poder porque una penosa enfermedad le obligó á retirarse á Leon donde murió el 24 de Diciembre de 1065.

Bajo su vigoroso cetro, los reinos cristianos de Leon y de Castilla adquirieron gran preponderancia, y su fecundo reinado preparó la gloria de los siguientes. Con justicia, pues, llama la historia Fernando el *Magno*

al que fué uno de los mas gloriosos príncipes que la España cuenta.

Para que su gloria no fuese completa, este monarca poco ántes de su fallecimiento, sin duda por una fatal condescendencia á los ruegos de su esposa, ó tal vez cediendo á las exigencias de aquella época feudal, cometió la torpeza de disponer que á su muerte volvieran á separarse las dos coronas que tan felizmente habian cenido sus cienes, y que sus Estados se dividieran en cinco partes, una para cada uno de sus hijos.

Como lógica é inevitable consecuencia de este funesto pensamiento vino despues la lucha civil que nuevamente enrojació con sangre cristiana nuestros campos: ella retardó el definitivo triunfo de *la Cruz* sobre *la Media luna* y acarreó una porcion de desastres que terminaron el 6 de Octubre de 1072 con la muerte de Sancho II, villanamente asesinado por el traidor Bellido Delfos.

Entónces Alfonso VI fué por fortuna aclamado rey de Castilla y de Leon; y despues de prestar en manos del *Cid* el reiterado jura-

mento que la nobleza castellana le exigiera en el templo de Santa Gadea de Burgos, protestando ante el sacrosanto altar no haber tenido parte en el asesinato de D. Sancho, logró reconstruir nuevamente el reino unido que en mal hora dividiera su difunto padre.

Libre el nuevo monarca de desórdenes y luchas interiores, dedicóse con tenaz y decidido empeño á la reconquista del territorio ocupado por los árabes. Bajo los dilatados pliegues de su gloriosa bandera vinieron á agruparse muchos esforzados caudillos de Navarra, Aragon y Francia; y apoderándose con tan importante refuerzo de todo el país comprendido entre Talavera y Madrid, llegó al punto de sus miras, asentando sus reales sobre Toledo, la plaza mas fuerte que en España contaba el islamismo. Tras un largo y porfiado asedio, el 25 de Mayo de 1085 entraba Alfonso en esta capital, cuya importante conquista resonó en toda la cristiandad con entusiasta júbilo.

Desde entonces la gloriosa obra iniciada por Pelayo en Covadonga no retrocedió ni un

solo paso, por mas que llegasen para ella amargos días de terrible prueba.

Aprovechando Alfonso el entusiasmo que en los cristianos produjera la reconquista de Toledo, invadió luego los dominios árabes en Córdoba y Sevilla, cuyo rey Alben-Abed, aterrado ante el imponente empuje de los defensores de la fé católica, llamó en su auxilio á los *Almoravides* de Africa. A pesar de este importante refuerzo fueron vencidos los árabes en Mérida y Badajoz.

Hízose al fin la paz y el rey Alfonso contrajo matrimonio con la hermosa *Zaida*, hija del monarca sevillano, la cual despues de abjurar la religion de sus mayores, sentóse en el trono de Castilla con el nombre de Isabel.

De este matrimonio nació el príncipe Sancho, que muy niño aún pereció en la sangrienta batalla de Uclés juntamente con su ayo el conde García Cabrera y seis caballeros mas que le custodiaban. Allí sucumbió tambien á manos de los feroces *Almoravides*, una gran parte de la nobleza castellana; mas no por eso se extinguió el belicoso ar-

dor del valiente Alfonso, quien por el contrario, haciéndose superior á sus años y dolencias, aún conservó espíritu bastante para emprender una nueva y gloriosa campaña contra los infieles, al fin de la cual bajó al sepulcro en 1109.

Durante esta brillante época de nuestra incomparable Historia floreció un esforzado caballero, cuyos relevantes hechos constituyen una rica página del imperecedero libro de las glorias españolas. Rodrigo Diaz de Vivar, llamado por los árabes *El Cid Campeador*, fué sin duda alguna el mas acabado tipo del cumplido caballero y denodado caudillo de la Edad Media. Sobresaliendo entre todos los valientes guerreros cristianos de Aragon, Leon y Castilla, conquistó á Calahorra; dió á Sancho II el triunfo en la célebre batalla de Golpejar, y exigió á Alfonso VI el famoso juramento de Santa Gadea que mas tarde motivó su destierro de la córte: en constante lucha con los árabes y á pesar de su justo resentimiento con el rey de Leon y Castilla, y de su enemistad con el de Aragon como campeón de los hijos de Sancho

Peñalen, y con el conde de Barcelona Ramon Berenguer por ser fratricida, llegó en 1094 á conquistar á Valencia, que gobernó durante el resto de su vida, resistiendo denodadamente los furiosos ataques de sus enemigos, que solo pudieron recobrarla tres años despues de su muerte, acaecida en 1099.

Heredada la corona castellana por Doña Urraca, hija del conquistador de Toledo, aquella señora, por desgracia no muy severa en sus costumbres y casada sin ningun cariño, y solo por razon de Estado, con Alfonso El Batallador, reinó desde el año 1109 al 1126, sin que en su reinado, agitado por incesantes y sangrientas turbulencias, tuviese lugar otro hecho notable que el apretado cerco puesto por los árabes en 1110 á la referida plaza de Toledo que salvó heroicamente su esforzado gobernador Alvar Yañez, quien rechazó á los moros con notables pérdidas.

Muerta Doña Urraca ocupó el trono su hijo Alfonso VII quien con su talento y dulzura calmó en el reino la efervescencia que de-

para su madre, y se preparó á hacer á los infieles una guerra sin tregua ni cuartel.

Era el año 1138 y amenazaban los moros acabar de una vez con los reinos cristianos. Alfonso reúne entonces las milicias de Segovia, Avila, Osma, Salamanca Zamora, y ciudad Rodrigo, al frente de las cuales penetra á sangre y fuego en la poética region andaluza regida por los hijos del Profeta.

Durante los años de 1139 42 y 43 realizó sangrientas y afortunadas expediciones que le condujeron á las puertas de Córdoba, Carmona y Sevilla.

En 1147 Alfonso, ya emperador, enarbó el estandarte de *la guerra santa*, y seguido de un fuerte y numeroso ejército marchó contra Almeria, madriguera de piratas que infectaba el Mediterráneo. A los dos meses de sitio se apoderó de esta plaza, y en 1156 tomó posesion de varias poblaciones de Sierra Morena. Al siguiente año se colmó de laureles en el puente de Almuradiel, y poco tiempo despues murió de una fiebre violenta, á los diez y nueve años de continuos combates y señalados triunfos.

Sancho III le sucedió en el trono (año 1158) y llevó muy poco tiempo el cetro de Castilla.

Vinieron nuevas turbulencias interiores que terminaron felizmente con la menor edad de Alfonso VII y la toma de Cuenca verificada en 1177. El VII Alfonso demostró entonces á sus pueblos que no desmerecía del elevado renombre de sus antecesores. Topos los años pisaba las fronteras musulmanes con la fiebre del leon hambriento, llegando en alas de sus triunfos hasta las mismas playas del Atlántico. En 1184, ardiendo en férvido entusiasmo llevado hasta la exageracion, escribió desde Algeciras al emperador Yacub una arrogante carta de desafio. Enfurecido el moro convocó á todas las triquis del Magrel y desembarcando en Algeciras, sediento de sangre y de venganza, se dirigió contra su retador.

Ambas huestes se encontraron en los campos de Alarcos el 19 de Julio de 1195, donde se libró la mas horrorosa batalla que hasta entonces habia tenido lugar durante la prolongada y sangrienta lucha de la Reconquista. Las fuerzas cristianas eran muy superio-

res en número á las de su feroz adversario, y el rey de Castilla, valiente hasta la temeridad, cometió la gravísima falta de no aguardar la llegada de importantes refuerzos que de Leon, Aragon y Navarra esperaba; provocando el desigual combate contra el parecer de sus mas entendidos capitanes. Al principio el heróico valor de los cristianos inclinó de su parte la victoria y llegó á romper en varios puntos la linea enemiga; pero apoyada y reforzada ésta por numerosas fuerzas de refresco, contra ellas se estrellaron todos los poderosos esfuerzos de los valientes soldados de Alfonso. Horrible fué la matanza, espantosa la carniceria. Las Ordenes militares, combatiendo en primera linea, perdieron casi toda su gente, y 20,000 castellanos quedaron exánimes en aquel extenso campo de batalla convertido en un lago de sangre. Alfonso con las reliquias de su destruido ejército se retiró á Toledo lamentando su fogosa imprevision y sintiendo en su atribulada conciencia el peso abrumador de tantas víctimas inmoladas en defensa de la mas justa de todas las causas.



CAPITULO XVII

Engrandecimiento de Aragon y Cataluña.—Decadencia de Navarra.—Emancipacion de Portugal.

En 1104 tomó posesion del trono de Aragon y Navarra el célebre Alfonso I, quien por sus brillantes campañas mereció el epíteto de *el Batallador*.

Desavenido este con su esposa Doña Urraca, heredera del trono de Castilla, vióse obligado á sostener guerra con los castellanos partidarios de su reina, y con los gallegos que lo eran del niño Alfonso, hijo de Doña Urraca, hasta que divorciado en 1114 regresó á sus Estados de Aragon para continuar la lucha contra los moros.

Abandonando entonces la region montañesa de Aragon que constituyera su pequeño reino, se dirigió á Zaragoza, cuya importante plaza conquistó en 1118, despues de

ocho meses de rigoroso asedio y de vencer delante de sus fuertes muros á los *Almoravides* que acudieron en auxilio de la sitiada ciudad. Establecida en ella por *el Batallador* la capital de su reino, persiguió tenazmente á los árabes en su retirada hasta cerca de Valencia; apoderándose de Tarazona, Borja, Calatayud, Mequinenza y casi todo el territorio que hoy lleva el nombre de Aragon. Reunidos contra él todos los dispersos moros de Aragon, Cataluña y Valencia le derrotaron en el sitio de Fraga, donde se supone murió (Año 1134.)

Su fallecimiento sin sucesion directa promovió la guerra civil, alentada y sostenida por los diversos pretendientes á la corona, y dió lugar á que aprovechándose de tan lamentables discordias el antiguo reino de Navarra enarbolase la bandera de la independencia, llegando á emanciparse de Aragon del cual habia dependido con gloria durante el largo espacio de cincuenta y ocho años, trascurridos desde la muerte de Sancho Peñalen.

¡Fatal destino el de todos aquellos heroicos pueblos de la *Reconquista*, que en el crítico

período reconstituyente que atravesaban, envueltos en incesante lucha contra los infieles, á la muerte de cada monarca habian de ver comprometidos sus más altos intereses en fratricidas contiendas que una criminal ambicion fomentaba y que mermando las filas de los defensores de sus derechos, tendian al fraccionamiento de sus dominios, cuando tan necesarias eran la comun fraternidad y la más estrecha y cordial union!

Casi al mismo tiempo que tales hechos se realizaban, tenia lugar la completa independencia del condado de Portugal, cuya separacion del reino de Castilla tuvo su origen en la célebre batalla de *Ourique*, ganada en 1139 por los portugueses á los moros. Fué tal la gloria en este brillante hecho de armas alcanzada por el valiente caudillo portugués Alfonso Enriquez, que sobre el mismo campo de batalla fué por sus heróicas tropas proclamado rey; proclamacion que en 1145 sancionaron solemnemente las Córtes de Lamego, dictando además varias leyes para la gobernacion de la naciente monarquia portuguesa como reino independiente.

Esta separacion, lo mismo que la de Navarra y otras que en diferentes épocas de nuestra historia se realizaron, debemos condenarlas, porque eran hasta cierto punto ilógicas entre pueblos que tenian las mismas gloriosas tradiciones, las mismas necesidades y los mismos intereses de nacionalidad, y porque además tales disgregaciones solo aprovechaban al enemigo comun á quien prestaban poderosas armas; pero ellas demuestran el puro y noble sentimiento de la independencia llevado hasta la exageracion por los españoles de todas las edades; sentimiento que como muy sabiamente dice un profundo y concienzudo historiador *es noble hasta en sus extravíos*, bajo cuyo punto de vista merece nuestro aplauso, como seguramente merecerá el de todos aquellos hombres imparciales que sepan hacer la merecida justicia á las heróicas virtudes de los pueblos que no dudan en sacrificarse rechazando con enérgica fiereza toda extraña dominacion.

Proclamado rey de Aragon Ramiro II *el Monje*, conocido por este nombre por ser Abad de Sahagun, obtuvo dispensa del Papa

para contraer matrimonio con Doña Inés de Poitiers, de quien tuvo una hija llamada Petronila, en la cual abdicó la corona el año 1137, retirándose nuevamente al claustro donde murió diez años más tarde.

Dos años escasos contaba la Doña Petronila cuando su padre abdicó en ella el cetro aragonés y estipuló su matrimonio con el conde de Barcelona Ramon Berenguer IV; acertado enlace que preparó la union de ambos Estados, verificada en 1162 á la muerte del Berenguer y abdicacion de Doña Petronila en favor de su hijo, Alfonso II *el Casto*.

Una vez en el trono este noble soberano de Aragon y Cataluña, tuvo la feliz ocurrencia de ajustar paces con el rey de Navarra Sancho *el Sabio*; y dedicando todas sus fuerzas y recursos á combatir á los árabes, les conquistó en 1171 la ciudad de Teruel y obligó al rey moro de Valencia á aumentar el tributo que le pagaba. Lamentables causas, completamente ajenas á su voluntad, dieron lugar al rompimiento de la tregua por parte del navarro, de quien rechazó una fuerte invasion, obligándole á hacer nuevas paces. En

1177, auxiliando al rey de Castilla en el asedio de Cuenca, obtuvo señalados triunfos y libró á su reino del feudo que al castellano satisfacía.

Muerto Alfonso en 1186 pasó la corona á su hijo Pedro II, cuyos cinco primeros años de reinado fueron sumamente agitados por las graves diferencias que tuviera con su madre á quien apoyaban algunos cortesanos.

Entre tanto el reino de Navarra regido por Sancho VI, hijo y sucesor de García Ramirez IV, habia progresado notablemente, conquistándose su rey los merecidos títulos de *el Sabio* y *el Valiente* que, justificó hasta su muerte, acaecida en 1194.

Desgraciadamente su hijo Sancho VII, apellidado *el Fuerte* y *el Retraido*, no siguió el saludable ejemplo de su padre; sino que por el contrario, con sus continuas guerras al rey de Aragon y su estúpida marcha al Africa, verificada en 1199 con objeto al parecer, de enlazarse con una hija del rey de Marruecos, dió lugar á la desmembracion de su territorio, perdiendo la Guipúzcoa y Alava de que se apoderó el rey de Castilla.

¡Qué triste es el contemplar cómo pueblos valientes, hasta el heroísmo, sufridos hasta la resignación, pagan injustamente las faltas cometidas por sus imbéciles é indignos gobernantes!

.....  
Mientras la heroica Navarra decaía tanto que se hallaba á punto de perecer por completo, el naciente reino de Portugal, no obstante su aislamiento y sus lamentables diferencias con Castilla y con el Pontífice, conseguía bajo el paternal cetro de Alfonso I arrancar á los moros el dominio de las importantes plazas de Lisboa y Santarén; consolidándose fuerte y poderosamente y engrandeciéndose su territorio á costa de los árabes durante el reinado de Sancho I (*el padre de la patria*) que en 1185 heredó la corona de aquel, cñendo con ella sus sienes hasta el año 1211 en que justamente llorado por sus pueblos bajó al sepulcro.

Con semejantes soberanos los pueblos que nacieron grandes, crecen, se desarrollan y se hacen dignos del respeto y admiración de los demás.

#### CAPITULO XVIII.

Gran cruzada cristiana.—Triunfo de Las Navas de Tolosa.—Conquista de Baeza, Córdoba, Jaén, Sevilla, Jerez, provincia de Cádiz, Baleares y Valencia.  
—Decadencia musulmana.

Impaciente Alfonso por vengar la sensible derrota de Alarcos, ordenó en 1210 á los esforzados caballeros de Calatrava que entrasen a sangre y fuego por los dominios moros de Jaén, Baeza y Andújar. A la primavera siguiente, su hijo Fernando, con mayor número de aguerridas tropas repitió aquellas sangrientas expediciones que introdujeron el espanto y la confusión en el campo agáreno. Mientras tanto el mismo rey cristiano, puesto al frente de las veteranas milicias de Castilla la Nueva, destruía é incendiaba una gran parte del reino de Murcia.

Determina entonces el almohade hacer un prodigioso esfuerzo para derrocar de una vez